

¿POR DONDE VA LA TEOLOGIA DE LOS SACRAMENTOS?

HIGINIO SANCHEZ ROMERO

PROFESOR DEL CENTRO TEOLOGICO DE LAS PALMAS

1. INTRODUCCION

Los sacramentos son a la vez para la Iglesia un gozo y una cruz desde el punto de vista, sobre todo, de la acción pastoral. Son celebraciones del Misterio Pascual de Cristo que sufren las consecuencias, vaivenes y debates de nuestra problemática en torno a la Evangelización. Bien es cierto que cuando alguien se ha encontrado de verdad con el Señor y su Evangelio va sintiendo progresivamente que los sacramentos son su “propia casa”, los mejores espacios de expresión de la vida creyente, lugares de unificación de la fe con la vida y de transfiguración de la presencia salvífica de Dios en la historia. Sin embargo, también es cierto que otros creyentes han celebrado o celebran esporádicamente dichos sacramentos y, al no estar suficientemente evangelizados, y con una fe cargada de deficiencias, no experimentan su fuerza renovadora. ¿Qué hacer en esta situación tan confusa y en ocasiones angustiada para los agentes de pastoral?

Los pastoralistas no otean una “sanatio” rápida a este problema. No se trata de sentarnos debajo de la débil sombra de un ricino, esperando desde

actitudes mortecinas alguna solución por agotamiento. La línea de trabajo que parece más sensata nos quiere despertar de una cierta nostalgia de cristiandad, apostando decididamente en nuestro trabajo por la formación de adultos en la fe, la preparación de agentes de pastoral con garra misionera, la consolidación de un núcleo (plataforma) comunitario que dé cohesión a nuestras parroquias, el fortalecimiento de las pastorales especializadas y de ambientes (movimientos), la pastoral de la justicia y misericordia desde la Caridad... En definitiva unos cristianos con suficiente equipamiento que puedan ser la bocanada de aire nuevo que purifique nuestro cristianismo y lo llene de densidad espiritual y testimonial.

En todo este universo, los sacramentos van a ser un espejo donde nos miremos a nosotros mismos y donde se pueda comprobar si estamos decididamente optando por este camino. Cada día vengo más de vuelta de esas “cantinelas demagógicas” que hablan de una pastoral evangelizadora versus pastoral sacramentaria, o de esa desilusión colectiva que alientan algunos, también sacerdotes, que esconden tal vez sus miedos e incomodidades tras hermosos discursos en torno a lo ineficaz de nuestra pastoral. Me siento embarcado y a gusto con quienes desde el trabajo continuo y la comunión optan decididamente por no romper amarras y abrir surcos de conversión y vida nueva. A ellos dedico estas páginas, pensando en ustedes: Pepe Díaz, Vicente Rivero, Manolo Reyes, Luis González, Agustín Monroy, Santiago Rodríguez, Pepe Domínguez y Miguel Lantigua...; de los que tanto he aprendido de forma directa o indirecta; pensando en ustedes sacerdotes de Lanzarote y Fuerteventura, y en los compañeros recién ordenados, pletóricos de ilusión, maltratados a veces con calificativos de “lights”, pensando en ustedes religiosos y religiosas y laicos que tanto dan una catequesis como le llevan el Cuerpo del Señor a un enfermo, o cogen una escoba para barrer el arroz de la puerta de un templo... pensando en tantos y sin excluir a nadie, presento esta reflexión sobre los sacramentos en actitud de búsqueda.

Este trabajo lo voy a presentar sin notas a pie de página y sin bibliografía sacramentaria. Entiendo que lo que presento es una síntesis de algunos elementos de la teología de los sacramentos que puede ser profundizado en cualquier manual teológico.

En un primer momento será necesario mirar la historia, lo que nos puede ayudar a valorar el momento presente y a seguir lanzándonos al futuro con ilusión.

2. LA HISTORIA DE LA TEOLOGIA SACRAMENTARIA

Haciendo una descripción somera del complejo desarrollo sacramentario a lo largo de los siglos podríamos afirmar que la Teología

sacramentaría se ha desarrollado con tres paradigmas de interpretación diversas que han ido haciendo aportaciones medulares para el crecimiento de la comprensión de la realidad sacramental.

2.1. EL PARADIGMA PATRISTICO

Los Padres de la Iglesia tuvieron el genio de interpretar la experiencia cristiana a partir del universo cultural greco-romano sin perder la fidelidad al dato revelado. Tal adaptación, como era natural, no se realizó sin una fuerte dosis de tensión, incluso de sufrimiento, y sin que dejaran de aparecer interpretaciones erróneas o deficientes de algún aspecto fundamental de la fe.

Los sacramentos para los Padres son entendidos como celebraciones donde se produce una armonía entre el espacio trascendente y el espacio humano. Son lugares de comunión entre lo humano y lo divino. No cabe duda que la forma peculiar de interpretación de la realidad del sistema platónico ayudó mucho en dicha comprensión. Dios vive en la realidad trascendente. Su creación ha sido un acto de gratuidad absoluta. El no se ha contaminado con la criatura. La Trinidad eterna creó para elevar al ser humano a la plena comunión con El. La realidad no es un aborto divino ni un “pléroma” descendente por emanación. El humano ha sido creado a imagen del Verbo que habría de encarnarse. Sólo la condescendencia de Dios ha permitido una comunicación entre Dios y los hombres. Esa condescendencia, que se manifestó ya en la creación, ha llegado a su plenitud en la Encarnación y la Redención.

Desde esta perspectiva, los “misteria” (con este término se conocen los sacramentos) son realidades que articulan esa conexión de planos haciendo que lo revelado por Dios, para nuestra salvación, pueda acaecer en el espacio humano, logrando la comunión entre los que se van salvando. La celebración litúrgica es el espacio donde adquiere mayor densidad el encuentro entre Dios y el hombre. Son verdaderos lugares teofánicos. De hecho, es admirable la introducción catequética de los grandes hitos de la historia de la salvación en el proceso catecumenal. Por medio de los signos celebrados, que acompañan a la Palabra proclamada y recibida, el futuro neófito hace espiritualmente el recorrido de Egipto, experimenta la primera Alianza, sufre la experiencia del desierto, se alegra por la entrada a la tierra prometida... Todo lo que Dios ha hecho se va actualizando y concretando en el proceso de maduración creyente de los que acceden a la fe. El punto de arranque y de llegada de todo este proceso es Cristo y el Misterio Trinitario de Dios por El revelado. En el sacramento, además de unirse lo humano y lo divino, concuerdan todas las dimensiones del tiempo, haciendo, en cierto sentido, eterno al ser humano.

El don inconmensurable de Dios se hace oferta de salvación al ser humano concreto. No es que el Misterio de Dios se disuelva en la historia. Se trata de “un admirable intercambio”, donde Dios toma de lo humano y nos hace “divinos”. La historia se hace “economía de la salvación” para cada individuo y para cada comunidad que celebra el misterio. Hay una cierta comprensión analógica que ayuda a conectar lo absoluto con lo relativo, lo trascendente con lo inmanente, lo humano con lo divino, sin caer en un cierto panteísmo que diluye el don de Dios en el ámbito humano, concibiendo a Dios como una realidad manejable y muda.

Esta comprensión de la realidad sacramental (misteria) conllevaba al mismo tiempo la dificultad para determinar signos mayores y signos menores, es decir, para la delimitación precisa del sacramento como tal. Es cierto que, ni la liturgia, ni la comprensión de los momentos celebrativos, ni los mismos rituales que se conservan, le dan el mismo rango a unos signos que a otros. Sin embargo, no existe todavía una precisión terminológica que nos permita distinguir la esencia de un sacramento, determinando desde ella su número. Ello hacía que los signos considerados sacramentos fueron muchísimos. Sin embargo, será san Agustín quien en su reflexión nos aporte la gran síntesis occidental patristica sobre los sacramentos, alboreando, tal vez, un nuevo paradigma. Así, los sacramentos para él son realidades sensibles (res) que nos ponen en relación y nos otorgan la “gracia” trascendente.

2.2. EL PARADIGMA ARISTOTELICO

El pensamiento antiguo no tarda en entrar en crisis con el nuevo pensamiento germánico, que no conoce la filosofía griega ni es sensible al pensamiento analógico y simbólico, cuando se desmembra el antiguo imperio romano. Los sacramentos tendrán que confrontarse con dicho pensamiento y reformular su interpretación. Hay dos sacramentos que sufren una adaptación teológica más notable: la Eucaristía y la Penitencia.

2.2.1. En el pensamiento carolingio se plantea el modo de presencia de Jesucristo en la Eucaristía. Las distintas disputas que se generan no hacen sino manifestar que el universo de comprensión antiguo sobre los sacramentos ha variado. ¿Cristo está en la Eucaristía “in vere” o en signo? El signo ya parece enfrentado a la verdadera realidad de las cosas. El realismo no exagerado por el que opta la Iglesia quiere defender el dato revelado aunque, tal vez, con una gran pobreza terminológica. Vence la fe, (como no podía ser menos), pero con una teología débil. Es el Pueblo de Dios y las confesiones de fe quienes salvarán la integridad de lo que la Iglesia confiesa en torno a la presencia de Cristo. Se puede vivir una fe sin un discurso teológico fundamentado, pero la fe necesitará con el tiempo exponerse en categorías que nos ayuden a

comprender, no para agotar el Misterio sino para introducirnos mejor en él. Por eso, será necesario seguir buscando.

La reaparición en occidente del modelo aristotélico ayudará en una nueva síntesis comprensiva de los sacramentos. Las combinaciones de materia y forma, la interpretación de la realidad por la teoría de las causas y la distinción de planos en cuanto a la “res” y el propio sacramento, ofrecerán la oportunidad de lograr una nueva y enjundiosa definición. Los sacramentos serán ahora “signos eficaces de la gracia”, son causa de la salvación y actuarán por la acción de Cristo que desea ardientemente (ex opere operato) entrar en la vida del sujeto que se abre a Dios, o al menos no pone obstáculo, y otorgarle el abrazo salvador (Sacramentos como causa de la gracia).

La nueva definición sacramentaria y la determinación del número ayudará a serenar las aguas en torno a la Eucaristía, y a delimitar lo específico de cada sacramento y a plantearse en serio el problema de su institución.

2.2.2. En cuanto a la Penitencia el proceso será más apasionante. La disciplina antigua, ya mortecina, es sustituida por la “la penitencia tarifada”, que, cual brisa fresca, fuera introducida de manera incipiente por los monjes irlandeses, y posteriormente madurada por la Iglesia. Todo ello irá abriendo camino a la penitencia tridentina, que recoge la experiencia de la Iglesia en la reconciliación del cristiano pecador, y la orienta en cuanto oferta de salvación y compromiso del cristiano arrepentido y renovado en la vida.

2.2.3. El resto de los sacramentos sufren también una evolución notable. Algunos de ellos como el Matrimonio y el Orden van a alcanzar un punto de madurez indiscutible en Trento. Pero antes se ha ido encauzando su camino: la teología de la gracia, la superación de los matrimonios clandestinos, la referencia del Orden sacerdotal a la Eucaristía.

El siglo XIII, precursor de esta nueva concepción teológica de los sacramentos, fue crucial para la teología sacramentaria. Convivieron en un mismo siglo dos concepciones diferentes: una de ellas, la que vivía de referencias trasnochadas, fue poco a poco dejando paso a la renovadora. El camino del septenario sacramental era asumido tanto en occidente como por oriente. Ni el cisma de oriente y occidente fue obstáculo para que los sacramentos brillarán con luz propia, luz de unidad.

De esta manera la Iglesia descubrirá que los sacramentos son siete, instituidos por Cristo, que nos otorgan la gracia y que son necesarios para nuestra salvación. La reflexión teológica ha ayudado a separar lo esencial de lo secundario, descubriendo en toda la vida litúrgica de la Iglesia lo que pertenece al deseo mismo del Señor.

2.3. EL ACTUAL PARADIGMA

La teología sacramentaria, sin olvidar lo mucho y bueno que se ha ido clarificando durante la historia, tratando además, no sin ciertas dificultades, de deslindar lo revelado y lo definido de lo más accidental, ha iniciado una forma renovada de expresión. Para ello ha intentado abrir la categoría “sacramento” a otras realidades de la teología y a realizar una conexión nueva con todo el Misterio cristiano.

Los sacramentos son signos de Cristo y de la Iglesia. Si esto es así, ¿no será también la Iglesia propiamente “el sacramento” en sentido estricto? ¿Y no será, incluso, Cristo del cual nace toda realidad sacramental en la Iglesia?

Cristo aparece como el “Mysterion” del Padre. El nos ha relevado su rostro. En su Encarnación Él ha tomado la realidad humana y la ha elevado a “órganon” de la salvación. Así, Cristo es el “vero sacramento” o la raíz de todo sacramento, no sólo en cuanto agente de la gracia, sino al mismo tiempo en cuanto signo, lo cual presupone que en El la realidad humana y la divina se unen indisolublemente, sin mezcla ni confusión. Pero esta sacramentalidad de Cristo no actúa en los hombres sino a través de quien El ha querido que prolongue su misión salvadora: la Iglesia. Así la Iglesia es el sacramento primordial de Cristo, su manifestación en medio de la historia. Ella no es el Reino de Dios, pero sí la presencialización de ese Reino en el signo de la comunidad cristiana, cuyo momento central es cuando se congrega entorno a la mesa del Reino. El Espíritu Santo es el agente principal de toda esta acción salvadora pues, derramado en el corazón de los fieles, es inicio de nuestra filiación y principio de santificación.

La amplitud de miras que esta concepción ha generado ha sido impresionante, aunque todavía no ha dado todos los frutos que una mejor maduración teológica podrá, sin duda alguna, propiciar.

Vivimos en un universo sacramental. “Todo es presencia y gracia”. La misma creación es reveladora de una presencia misteriosa y escondida que trasciende la realidad pero que a su vez es su consistencia. Todo lo que ha sido hecho tiene la “denominación de origen” de su creador. Y esto de una manera especial con el hombre al que Dios creó “mirando” a su propio Verbo que habría de Encarnarse. Ni el “misterio del pecado”, con su fuerza demoledora, ha conseguido que Dios no reconozca a su criatura. Hijos infieles y degenerados, pero que en lo más interno de nuestro ser no podemos negar nuestra procedencia y a la familia que pertenecemos. El ser humano, como nos recordaba san Agustín, lleva la imagen de la Trinidad en su estructura medular.

Y en esta realidad creada puso su tienda el Verbo de Dios. El cuerpo histórico de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el vientre de María (ex

María Virgine) no es lugar incómodo para el Verbo. Lo humano y lo divino se encuentran en María sin que nada quede forzado, violentado, destruido o mancillado.

¿Cómo podría Dios sentirse incómodo con lo que salió de sus manos? Por eso no sólo “la antigua economía” despuntaba hacia la nueva economía sacramental, sino ya el propio comienzo de nuestra regeneración en Cristo se iniciaba con este acto de conciliación de Dios y lo humano en María, como germen de una humanidad nueva.

Los sacramentos no son un apéndice de la vida cristiana. No son una consecuencia, el mero piso ático de una construcción. La sacramentalidad es raíz, columna, escalera, portal y lugar de “puesta de bandera” de toda la vida cristiana. Y no se trata de una sacramentalidad difusa, que pierda su garra por su indefinición. No se trata de que pierda sentido la oferta sacramental concreta con sus exigencias y con la consecuente trasmisión de la gracia, sino el poder integrarlos dentro de la totalidad del proyecto cristiano en su unidad y complementariedad. Tampoco se trata de un pan-sacramentalismo que desdibuje la integridad de la propuesta cristiana, como sabiamente nos advierte el Concilio.

3. DIMENSIONES FUNDAMENTALES DE LA TEOLOGIA DE LOS SACRAMENTOS

Todas estas aclaraciones y matizaciones nos hacen descubrir que el filón de reflexión sacramentaria en este tercer paradigma está todavía abierto. Sin embargo, la maduración tiene que partir de estos elementos, expresados en forma de decálogo:

1) Unidad entre creación y redención. Los sacramentos son “criaturas transfiguradas” por la Pascua de N.S. Jesucristo. No nos es lícito desde toda la obra de Cristo concebir una teología que destruye lo humano; en todo caso lo “eleva” o lo plenifica. Por tanto, es necesario para poder concebir antropológicamente los sacramentos observar la dinámica simbólica que envuelve toda la realidad. Este es el fundamento primario que posibilita la sacramentalidad de gestos concretos que la Iglesia celebra en el nombre de su Señor. (Por la importancia que le doy a este aspecto me atrevere a hacer una cita):

El pensamiento sacramental es lo contrario del pensamiento mítico, en el que pierden su importancia los sucesos históricos porque lo divino se da a conocer intemporalmente, y es lo contrario del pensamiento interiorista, en el cual no desempeñan papel

alguno los encuentros corporales, todas y vez que la comunicación con lo divino se da puramente en el interés de cada hombre” (NOCKE, en *Manual de teología dogmática*, Herder, Barcelona 1996, p. 811).

“Pensamiento sacramental significa que Dios se comunica a los hombres de una manera corporal y física, se les acerca en la experiencia personal”. Ibídem, (pp. 810-811).

“Los sacramentos son signos de un mundo redimido. Lo cual significa dos cosas: primera, que son expresiones de la fe creacionista y de la esperanza en la consumación; y, segunda, encuentran la dirección en que han de buscarse la redención y la consumación”. Ibídem, (pp. 839).

2) Sin embargo, esta sacramentalidad de la realidad debe evitar dos peligros:

– uno vendría por editar una nueva forma de panteísmo en que la divinidad quedaría difuminada con lo creado, haciendo que la Buena Noticia de Salvación fuera una oferta nada novedosa para el ser humano y la comunidad que celebra un sacramento. En el momento histórico que vivimos se va fomentando una nueva versión del panteísmo al servicio de un dios totalmente mudo y de una religión sin conversión y sin sacrificio.

– otro vendría de identificar los sacramentos con los sacramentales o con cualquier gesto de religiosidad popular, o meros gestos movidos por modas pasajeras que desdibujarían el sentido pascual de los gestos de Cristo que son los únicos que nos pueda otorgar la salvación que anuncian.

3) La Encarnación y la Pascua de Cristo como eje de donde parte todo sacramento. La creaturalidad es fundamento remoto; la Encarnación es fundamento próximo. Que lo creado revela a su creador ya es meritorio; pero que uno de la Trinidad se haya hecho hombre es lo inconcebible. Dios ha sorprendido a la humanidad haciendo que su propio Verbo sea uno de nuestra carne y sangre. Y su Verbo nos ha revelado el amor de Dios al dar su vida y volverla a recuperar libre del pecado y la muerte en la acción pascual. Los sacramentos nos hacen Calvario, nos sacan del sepulcro y nos inunda con las lenguas de fuego de la “parresía” evangélica. Los sacramentos nos dicen que ni la imitación de Cristo, ni su seguimiento son los ideales absolutos del cristiano sino caminos para un siempre mayor encuentro con el Señor. Estamos llamados a la comunión, a la vida plena de Cristo, a que en nosotros Dios Padre reconozca a su obediente propio Hijo hecho ofrenda de salvación. Por eso, los sacramentos, como realidades, donde nos unimos más plenamente a Cristo, no se entienden sino desde la Pascua, verdaderos lugares de donde nacen todos y

cada uno de los sacramentos. De tal manera, que aunque algunos de los signos sacramentales tengan una prehistoria anterior a Jesús, o hayan sido preparados por Cristo en su misión, sólo brillarán con luz nueva en la novedad de su Pascua.

4) El culmen de la Pascua es la glorificación del Hijo y el envío del Espíritu Santo. Cristo sentado a la derecha del Padre continua su acción salvadora en nosotros a través del Espíritu Santo. Por tanto, los sacramentos, como actos donde Cristo realiza en nosotros su salvación son actos, al mismo tiempo, del Espíritu santificador. La teología sacramentaria no puede desarrollarse con armonía sin la pneumatología, desde la cual se unifican, aunque a la vez permanecen en su rica tensión, palabra y sacramento; carisma y realidad institucionalizada; acción y oración; compromiso y contemplación...

5) La Iglesia es el gran sacramento. Sin ella no se entienden los sacramentos porque la sacramentalidad de la propia Iglesia es germen de los sacramentos específicos, los cuales han sido pensados por Cristo no para sustituir a la Iglesia cuanto para expresarla en las diversas situaciones que viven los individuos y las comunidades cristianas.

6) Los sacramentos, que nacen de Cristo y se realizan en el seno de la Iglesia, tienen en la liturgia su lugar propio de expresión. La liturgia es actualización y ejercicio del sacerdocio de Cristo. Por ello, en la liturgia los sacramentos alcanzan su grado mayor de culto a Dios para la salvación de los hombres.

7) Necesidad de una mayor articulación entre la fe, necesaria e imprescindible como realidad previa a todo sacramento y el hecho de que todo sacramento, a la vez, alimenta la fe. El sacramento no es un premio final en una competición donde se ha demostrado haber cubierto unas pruebas. Pero tampoco pueden ser entendidos y celebrados sin un mínimo de fe que permita al menos la posterior vivificación de lo celebrado. Romper el sacramento de su necesaria dinámica de fe supone reeditar una nueva versión de enfrentamientos entre Evangelización y sacramentos. El proceso evangelizador es la placenta de todo sacramento, pues ellos fueron instituidos por Cristo como medios para que el ser humano entre en comunión con El. Los sacramentos son el “hoy” de la salvación para el que se abre a Dios, incluso por medio de una fe tan pequeña como un grano de mostaza.

8) Los sacramentos no son fines en sí mismo, sino que en su misma estructura introducen a la Iglesia cada vez más en una dinámica escatológica. Por eso los sacramentos son los mejores reclamos escatológicos de la Iglesia, porque en ellos degustamos “el cielo nuevo y la tierra nueva” que el Señor nos regalará en su misericordia cuando, limpios de toda contradicción, seamos plenamente uno en Cristo.

9) Pero esta dinámica escatológica no olvida la dinámica histórica. La escatología no es escape de lo real sino acicate hacia una realización más plena. La utopía se vislumbra desde las consecuciones concretas, los pasos entre luces y sombras de una mayor cuota de humanización y santidad. Los sacramentos son acciones de Cristo y de su Iglesia en el lento caminar de la historia hacia su plenitud en Dios. En ellos y por ellos la vida se comprende como historia de la salvación.

10) Por último, y sin que sea un elemento marginal, estaría la dimensión ecuménica. Los sacramentos crean y robustecen la unidad de la Iglesia: La unidad de las Iglesias locales, la unidad de la entera Iglesia Católica, e impelan la unidad de todos las confesiones cristianas. Los documentos conjuntos, elaborados por las grandes Iglesias, siembran de esperanza el difícil camino ecuménico, y nos animan a una unidad cada día mayor, regalo del Espíritu Santo que no abandona a su Iglesia.

Estas dimensiones a modo de decálogo son expresión de la riqueza teológica en que se debe desenvolver el actual tratado de sacramentaria. Incluso podríamos señalar más elementos de conexión como son la teología espiritual, la teología pastoral, la teología moral, e incluso esa dimensión de la eclesiología que es el derecho eclesial. Es decir, los sacramentos no son apéndices de la vida cristiana, ni tampoco lo único de dicha vida. Puestos en el corazón de la propuesta salvadora del Señor tocan todas las dimensiones de la vida cristiana. Al servicio de esa vida cristiana, siempre llamada a recrearse y a dar fruto, se sitúa la propuesta sacramental.

4. A MODO DE CONCLUSION

De forma muy sintética, y tal vez un poco simplista, he tratado de presentar algunos elementos de teología sacramental. No he pretendido realizar un estudio profundo. Gracias a Dios tenemos grandes obras de reconocidos autores que nos hablan con más autoridad que yo. Este artículo de carácter divulgativo, quiere contribuir de forma inicial a un mayor acercamiento académico a esta realidad vital para la vida de la Iglesia.

Higinio Sánchez Romero